

OCTUBRE MISIONERO CLARETIANO



enciende en misión compartida



Meditación para agentes

A lo largo del año del Centenario (21 de octubre de 2006 a 27 de octubre de 2007) los Misioneros Claretianos de Bética hemos hecho memoria agradecida de estos cien años de camino. Este año jubilar nos ha brindado la oportunidad de reconocer que la Provincia Bética ha sido el contexto en el hemos crecido, nos hemos formado y hemos vivido su vocación misionera con unas características particulares.

Para los Misioneros Claretianos de Bética y para todos los que con nosotros compartís la misión, este año del Centenario ha sido un tiempo propicio para profundizar en nuestra identidad, para potenciar nuestra espiritualidad misionera y para hacer vida nuestras opciones de misión.

“El fuego hace fuego” (Claret)

*“Como chispas en un cañaveral”
(Sab. 3,7)*

Me gusta imaginarme a la Familia Claretiana -icreo que está llamada a serlo!- bajo el símbolo del fuego.

A Claret se le define con frecuencia como un hombre de fuego y él, a menudo en sus escritos y para expresar lo más íntimo que llevaba dentro, echa mano de imágenes, ciertamente, “ígneas”. La mayoría nos son familiares: fragua, arder, abrasar, hoguera, incendiar en el fuego del amor de Dios... Estas imágenes cobran especial fuerza cuando se refieren a su relación con María y a los hijos e hijas de su Corazón materno que ante todo es hoguera de Amor; o dicho de otra manera, “amor INCANDESCENTE”

En ese mismo fuego estamos llamados a prender nuestra vida.

Sin embargo, experimentamos –quizá con demasiada frecuencia- cómo ese fuego se nos apaga o, al menos, se debilita, dejando nuestra vida sumida en las grises cenizas de la mediocridad o de la tibieza evangelizadoras.

Claret, que era muy humano porque era muy de Dios, sabía lo difícil que es mantener la llama viva y bien alta. Pero, también, descubre muy pronto el secreto para avivar el fuego que le convirtió en un apóstol infatigable. Vamos a escucharle casi literalmente:

“Para encender el fuego que ha de arder en nuestros corazones es preciso soplar de continuo este fuego volviéndonos constantemente al Señor; pero como fácilmente nos despistamos, necesitamos algún medio que nos ayude a centrarnos en Dios. Esto lo conseguiremos por medio de la Virgen. Miremos lo que ocurre en el cenáculo: ¿cuál es el corazón en que arde este fuego más puro y más intenso? Es MARÍA, es el CORAZÓN de Mará, porque es la que más amor tiene como que es la Madre de Jesús que le tiene siempre presente y está

siempre con Él ... El fuego hace fuego.” (EE. Pág. 487-490)

A la luz de la experiencia de Claret comprendemos que no hay más que entrar en esta FRAGUA para que ese mismo fuego, el de María, prenda en el corazón y se propague a todas nuestras cosas y situaciones... y se extienda como el incendio en medio de un cañaveral. *“EL fuego hace fuego”*

Decir Corazón de María es decir llamarada de fuego, incendio que procede del Fuego de Dios, que es el Espíritu. El Corazón de María no ha dejado de latir, su fragua no ha dejado de arder... muchos hemos sido inflamados en ese mismo amor y por amor estamos dispuestos a “consumir” la vida para que otros la tengan.

Pero, ¡hay más! El Corazón de María no sólo es llamarada de fuego, Casa de Dios, Morada de la Trinidad, Arca de la nueva Alianza... es también, y de un modo impresionante y veraz: ¡HOGAR donde los hijos y las hijas se encuentran y hacen posible el milagro de la FRATERNIDAD!

En su Corazón incandescente se queman todas las diferencias, todo aquello que nos separa, todo aquello que rompe la comunión. En Ella ya no somos pequeñas y diminutas chispitas, perdidas en la oscuridad de tantas noches sin luna. En Ella somos LLAMA, hoguera de Amor que abraza y abrasa, que inflama a otros en el mismo Amor. *“EL fuego hace fuego”*

El Corazón de María es como esa “Casa Encendida” -¡siempre “encendida”!- a la espera del hijo que falta por llegar y es ese “lugar junto a Dios” (Ex 34,21) donde estamos llamados a arder JUNTOS... a arder por otros, a arder con otros!

Creo que necesitamos más que nunca adentrarnos en esta FRAGUA que para los hijos de Claret es don y compromiso evangelizador. Imposible entrar en ella y quedarnos indiferentes. *“EL fuego hace fuego”*

Éste es el mejor modo de hacer fructificar el año de gracia que ha supuesto la celebración del Centenario de la provincia Bética y de abrirnos al gozoso acontecimiento del Bicentenario de Claret que nos disponemos a vivir.

Claret, *nacido para Evangelizar*, un hombre que de tal manera se dejó “abrasar” por el Amor de Dios, que aquel fuego que incendió su vida aún sigue ardiendo en nosotros: sus hijos, la familia Claretiana y todos aquellos que participamos de un modo u otro de su carisma evangelizador. **Hoy** somos responsables del “fuego” que tenemos entre las manos. ¿Qué hago con él? ¿Lo avivo o lo agosto?

¡Ojalá, el Espíritu Santo nos sorprenda a todos JUNTOS en el “mismo lugar”; es decir, en la FRAGUA...en torno a la Madre, en oración con Ella! ¡Juntos, anhelando y esperando, hoy como ayer, que las mismas “lenguas de fuego” de aquel primer Pentecostés desciendan sobre nosotros (Hch. 2, 1-4) y llenos del Espíritu Santo seamos capaces de continuar encendiendo a todo el mundo en el fuego del Amor de Dios!



Ni Yo sin ti ni Tú sin mí

LO DIJERON ELLOS...

Últimamente hay dos palabras mágicas que aparecen continuamente en los documentos de muchas congregaciones religiosas: Misión Compartida (MC)

¿Qué es lo que está sucediendo?, ¿Una moda en la Iglesia?, ¿Toca ahora subirse al carro de abrir las puertas?, ¿Nos estamos dando cuenta que no lo podemos todo?, ¿No nos queda otro remedio porque somos pocos? Hay que reconocer, que en nuestro ambiente eclesial sufrimos los sarampiones de las modas y tendencias, y los manifestamos con palabras que usamos, pero que no todos entendemos de la misma manera; creo que eso está sucediendo con la MC. Hoy, una programación que se precie, no puede dejar de indicar el compromiso serio, de que en esa posición apostólica se trabaja en esas coordenadas; la realidad muchas veces es diferente.

Muchos religiosos-as estamos experimentando lo complejo que es el mundo en el que vivimos y las dificultades para dar respuestas "solos" a tantos desafíos y necesidades que se nos presentan. Sentimos con más fuerza la necesidad de "hacer con otros". Muchos Fundadores-as, hombres y mujeres llevados por el Espíritu, no sólo fundan una congregación religiosa, su misión es para muchos-as más; no podemos reducir sus sueños apropiándonos de su espíritu.

Dios habla a través de la realidad concreta que vivimos; contemplando desde la fe la realidad de nuestro mundo tenemos reconocer que el Espíritu Santo, que hace muy bien las cosas, nos está dirigiendo y nos está diciendo que la Iglesia debe caminar unida; este nuevo Pentecostés está abriendo muchas puertas recordándonos que compartir la misión no es una de esas palabras bonitas que utilizamos, sino que hay que hacerla vida, y que el Reino se construye entre todos. Afortunadamente todos tenemos algo que aportar, y los demás siempre nos sorprenden. Cada uno recibe los dones y carismas del Espíritu, pero no para rivalizar con los demás, sino para ayudarse y conjuntarse armónicamente con todos; por eso los dones o carismas que se nos dan, están ordenados al bien de la comunidad, de la Iglesia.

PONER VIDA A LOS AÑOS

Estamos celebrando el centenario de Bética y comenzamos el bicentenario del nacimiento de Claret; es un momento importante para mirar nuestros humildes orígenes y recordar el entusiasmo y los pobres medios con los que se anunciaba el Evangelio. Son momentos en los que hacemos uso de otra palabra mágica: "reiniciar", "refundación"... volver a mirar la pequeña llama que se encendía en la Iglesia para dar más luz al mundo, y volvernos a creer que todos somos cooperadores en la única misión del Hijo, de la que nos hacemos complementarios; y que un centenario, además de impulsarnos a dar gracias, es un momento para comenzar a convertirnos a la comunión, para encontrarnos en aquello que todos compartimos y para intercambiar diferentes dones con los que todos hemos sido enriquecidos.

"Enciende" no es un slogan, es una propuesta. La Escritura cuando nos habla

del amor nos habla también del fuego; Claret que bebía en la Palabra, soñó en que fuéramos hombres de fuego porque la llama del amor es la fuerza más poderosa.

Cuando revivimos los momentos más hermosos de nuestra vida, siempre recordamos a personas con las que compartimos un deseo y con ellas lo realizamos; "hacer con otros" es, en el fondo, una aspiración, un sueño que todos tenemos, porque la soledad mata. También los momentos más dolorosos de nuestra vida están asociados a rupturas, desencuentros, falta de respeto, de comunión... la comunión es como la bisagra que hace que nuestra relación con los demás vaya bien o mal, vivamos en paz o enfrentados. Vivir unidos nos hace testigos del Resucitado; es la garantía para que el mundo crea.

PRIMERO LA VIDA

"Hacer con otros" no es cuestión de metodologías sino de actitudes. El evangelio primero se vive y luego se anuncia. Vivir la comunión es ser capaz de renunciar a "lo nuestro" para vivir "lo del otro"; escuchar, valorar, intentar comprender...; es un ejercicio de esa humildad, que tanto valoraba Claret; decía que era la primera virtud que había de tener un verdadero misionero (Aut. 341)

San Francisco de Asís, un día, mandó a dos de sus hermanos que atravesaran en silencio un pueblo; cuando volvieron le preguntaron qué pretendía con aquel paseo; él dijo, que los vieran juntos, porque esa era la predicación de aquel día. Los sencillos de corazón son los que realmente entienden y saben hacer las cosas porque escuchan y se dejan llevar por el Espíritu.

La comunión, la unidad, la amistad, es el primer anuncio. Una comunidad, un grupo de agentes, unos catequistas, una familia... divididos, es un pecado, una ofensa para los demás. Antes de programar iniciativas operativas concretas hace falta promover una espiritualidad de la comunión, que significa mirar el misterio de la Trinidad; una gran capacidad para ver lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como don de Dios; es saber dar cabida al otro, "rechazando las tentaciones egoístas que continuamente tenemos y que engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianzas y envidias" (NMI 43)

EL "YO" Y EL "NOSOTROS"

Dejar el "yo", "mi", "me", "conmigo" es síntoma de madurez humana y cristiana; decir: "hemos decidido, pensado, caminado, orado..." es ya una catequesis en un mundo egoísta, enfrentado e injusto; nuestras palabras dicen mucho de nosotros.

El hombre es un ser en diálogo, por tanto, abierto a los otros; pasar de lo "mío" a lo "nuestro" es un largo viaje, es vivir como cristianos adultos. La Trinidad, el Evangelio, la Eucaristía, la Comunidad, la Misión, es un "nosotros".

Creer en el amor es afirmar que cada persona es insustituible, que es un regalo de Dios al mundo, que yo poco puedo sin ti y tú sin mí; hemos sido convocados para que unidos, hagamos presente en el mundo el amor de Dios; cuando nos amamos Él se hace presente.

Vivir: "que todos sean uno" hace válido nuestro trabajo misionero; compartimos cada día el tesoro de la Palabra para compartir la misión, ¿se puede hacer una cosa sin la otra?

Enciende, comparte la misión

“Vine a aplicar fuego a la tierra”, dice Jesús; y añade algo que puede entenderse de dos maneras:

- “y ¡qué más quiero si ya ha prendido!”
- “y ¡qué más quisiera que ya prendiera!” (Lc 12,49).

Las dos caben en su intención y son válidas en su caso y para nosotros.

Es el fuego de Dios el que en Jesús arde. Es el fuego del Espíritu que como fuente de energía todo lo inicia, todo lo transforma, todo lo plenifica; foco de luz para alumbrar caminos y asegurar los pasos; llama candente para quemar la ganga y liberar la joya: la vida, el hombre –varón, mujer-, la persona y su conciencia, su dignidad y destino eterno.

Este fuego ya ha prendido: desde Jesús, con su Pascua/Paso de hombre con palabras y hechos hasta la muerte y resurrección, y con el Paso/Pascua del Espíritu como llama sobre sus discípulos y discípulas a quienes así transformó en testigos suyos, enviados, continuadores de su misión entre los hombres. Prendió en ellos y en muchos otros, como en Claret y en Antonia. Y tiene que seguir prendiendo en muchísimos otros más, en tantos cuantos somos los sujetos de esta vida tan preciosa, tan única, tan ... divina: eso es cada persona humana, y por todas y cada una se hace humano el mismísimo Hijo de Dios.

A Jesús le urge hacer brillar la verdad ante los ojos de todos, para que nadie se engañe, para que nadie se pierda. A Jesús le urge encender la hoguera de su amor sobre cada uno de sus hermanos, para quemar a pura misericordia lo que haya de malo.

Está hablando así entre parábolas que hablan de vigilancia y llamadas al arrepentimiento. Porque es preciso e inaplazable. Hay que darse cuenta de dónde está uno y de qué es lo que le conviene. No se puede ir de sonámbulo por el mundo: se puede uno estrellar. Y Jesús, que ha venido a “anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos” (Lc 4,18), no puede permanecer indiferente ante quien así anduviere; todo lo contrario, pone toda la carne en el asador para librar de la muerte a sus hermanos, y “se prende” de quien le deja tomarle como amigo para despertar a los adormecidos, para encaminar a los desorientados, para invitar al banquete de la vida a cuantos hambrientos y sedientos pueda alcanzar. A todos invita él a su fiesta. A todos llama él para profetas y voceros de su convocatoria. ¡Vayan a trabajar a mi viña! ¡Vayan a todos los pueblos! ¡Rueguen al dueño de la mies que envíe obreros a ella! Con todos los suyos cuenta él para hacerse hermanos y herederos de su Reino a todos y cada uno de los hombres y mujeres de todo tiempo y lugar.

Ya tiempo atrás por Moisés lo hizo saber: “¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta!” (Num 11, 29)

Y a lo largo de los tiempos de su presencia en Espíritu y en Iglesia –su Cuerpo, su actualidad en la historia- lo ha dicho y lo sigue diciendo, lo ha hecho y lo va a continuar haciendo de modo más vasto aún, de modo más intenso aún.

Claret lo supo, lo sintió, lo quiso y lo activó: un ejército de evangelizadores para herir la oscuridad al grito de Miguel (¿Quién como Dios?) y hacer brillar la luz en los ojos de los ciegos. Nadie ni nada basta; nadie ni nada sobra. Es la lucha de la vida contra la muerte, del mal contra el bien, de Dios contra el Maligno. Es una lucha ancestral, es de ayer y es de hoy. Es así. Es la verdad. Hay mucho que hacer y todos somos necesarios.

¡Los hijos de las tinieblas son más astutos (actúan de mil modos, agregan más secuaces a su causa) que los hijos de la luz!

Pero Jesús es LA LUZ. Y Antonio su antorcha.

Jesús resucitado brilla ante María Magdalena y ella va a alumbrar el nuevo encuentro del resto de discípulos con el Maestro. Antes, otra mujer, la samaritana, fue heraldo del Mesías entre sus paisanos. El enfermo curado, sus familiares y amigos, el leproso, el recaudador, la pecadora, el escriba ... llaman a otros y todos acuden a ese hombre que puede hacer ver a los ciegos, hablar a los mudos, caminar a los parálíticos, resucitar a los muertos.

Antonio hace lo suyo y trabaja con muchos otros para la obra común, la voluntad del Padre: que todos le encuentren y con Él vivan, del todo y para siempre. Él predica y confiesa; otros escriben y dibujan (también lo hace él), imprimen, editan, se consagran en sus casas, sirven a los enfermos, alientan a los cobardes ... Lo ha aprendido de su Maestro y de precedentes buenos discípulos, entre ellos especialmente de Pablo: "¿Quién es Apolo?, ¿quién es Pablo? ... Yo planté, Apolo regó, pero era Dios quien hacía crecer. Así que ni el que planta ni el que riega, sino Dios que hace crecer. El que planta y el que riega trabajan en lo mismo; cada uno recibirá su salario según su trabajo" (1Cor 3,5-8). Otro Pablo (papa, VI) lo ha hecho ver, poco ha, de otra manera, citando, además, al coro de sus hermanos en el ministerio apostólico reunidos en concilio, como aquellos primeros tan cercanos a Jesús: "La Iglesia entera es misionera, la obra de evangelización es un deber fundamental del pueblo de Dios" (AG 35, en: EN 59).

Todos tenemos que colaborar. A todos tenemos que llegar. Porque es urgente. Porque es verdad: la vida nos la da Dios; es un don entusiasmante, y, al mismo tiempo, sobrecogedor: es como un material con el que construir cada uno su casa (también puede malgastarse, destrozarse ...), la casa en la que habitará por siempre; es como un dinero para invertir y multiplicar (pero se puede congelar y quedar improductivo); es como una semilla que se siembra y de cuyo cultivo y posterior cosecha depende el alimento en el futuro. La propia vida es don de Dios a nuestra discreción; sí, así es: seremos exactamente aquello que queramos y de hecho vayamos haciendo día a día, paso a paso. Es una maravilla, pero no un juego. Es seria, pero prometedora. Nos la da Dios, nos la entrega como regalo en propiedad, y no nos la quita; la pone en nuestras manos para que cada uno le demos la forma que queramos. Nos hace dueños de la vida, pero no nos abandona a nuestra suerte. Una vez deformada, por desgracia, y descompuesta, Él asume nuestra deformidad y en sí la recompone para que en la unión y amistad con Él todos volvamos a recuperarnos. Si queremos. Y cuando vivimos a su modo y a su imagen, Él nos impulsa a hacer lo mismo con los demás: acercarnos a ellos y mostrarles en nuestro propio rostro el asomo del más bello de los vivientes, amigo dispuesto a dar su vida para que la tengamos todos.

¡No debemos esconder la luz que Él enciende en cada uno de sus discípulos,

desde el bautismo en adelante, dejando en la noche a tantos que lo buscan sin hallarlo; la luz se enciende para ponerla allí donde pueda alumbrar a todos! ¡No podemos dejar que la sal del gozo que da Dios se descomponga! Somos corresponsables todos los bautizados. Corresponsables en el dar lo que cada uno ha recibido del Amigo, Hermano y Padre común en beneficio del resto de la familia.

Corresponsables del fermento capaz de hacer crecer los granos de cada uno amasados y unificados como pan que pueda saborearse y alimentar a los hambrientos. De modo que "no hagais nada por ambición o vanagloria; más bien, con humildad, tened a los otros por mejores. Nadie busque su interés sino el de los demás. Tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús, el cual, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de ser igual a Dios, sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres ... se humilló, se hizo obediente hasta la muerte, una muerte en cruz. Por eso Dios lo exaltó ... " (Fil 2, 3-16).

¿Qué decir y cómo hacerlo, finalmente? ... :

* Todo para todos conforme a cada uno.

* Del todo, con todo, en todo; por todos desde lo de cada uno.

* Con y como Dios todo en todos y en cada uno.

El gozo de compartir la misión

1. ¡Qué suerte la mía!

Con relativa frecuencia a las personas de iglesia se nos ha achacado una visión negativa, triste o fría de la vida. Obviamente esta "acusación" es más propia de ambientes ajenos a nuestros círculos creyentes o, incluso, de personas con ánimos... pocos constructivos.

No obstante, no nos viene mal aprovechar dichas imprecaciones para, precisamente, reafirmar nuestra opción por *existir resucitadamente*, por vivir *en clave de "sol" radiante* y por afianzar nuestra mirada agradecida sobre la realidad.

¡Cuánto de bueno tenemos! ...¿Te has parado a saborearlo?

¡Cuántas personas que te quieren aún cuando te lo manifiesten de formas muy diversas...!

¡Qué suerte haber tenido a tu alcance instrumentos, ocasiones, personas, experiencias...!

¡Qué bueno habitar en medio de infinidad de riquezas...!

¡Cuántas oportunidades de palpar el paso misericordioso y plenificante de Dios por tu vida y la de los que te rodean!

Y es que... "El Señor ha estado grande con nosotros... y estamos alegres" (Salmo 125)

Por ello... sería injusto -muy injusto- y pobre -muy pobre- que olvidásemos entre los grandes dones del Padre, entre sus grandes regalos... la llamada a la misión,

que no es sino la llamada a reconocerle a Él mismo como Dueño y Señor de nuestras vidas, del mundo y de la historia.

¿Eres conciente de la hermosura del don de Dios en ti?
¿Paladeas con gozo la fortuna de contar con Dios como el gran cómplice del proyecto de tu vida, el tejedor infatigable de tu existencia, la presencia permanente a lo largo de tu marcha?

¡Qué grande que Dios te haya otorgado la capacidad de vibrar con "sus cosas", de descubrir sus huellas amorosas y de penetrar en la dimensión más profunda de la existencia!

Así que, rumia con satisfacción y un dulce sentimiento de plenitud estos sugerentes versículos:

*El Señor es el lote de mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano:
me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad. (Salmo 15)*

Qué suerte la tuya.
Qué gozo más grande.
Dios te llama a la misión.

2. Continúa la cadena

"Yo gustoso, estoy dispuesto a dar la vida por amor de Jesucristo y para la salvación de las almas"

Tú, afortunado/a "enchufado" de Dios, dichoso depositario del regalo del Padre... siendo así no puedes, por menos, que continuar la cadena... Gratis lo has recibido... dalo gratis. (Mt 10, 8). No hay más.

Del encuentro con Dios, con su misteriosa grandeza... sólo puede surgir la urgencia de transmitir lo que se experimenta. Es ley universal: "de lo que abunda el corazón... habla la boca". (Lc 6, 45)

¿Por qué entonces, ponerle frenos a la misión? ¿Por qué entonces huir del apasionamiento evangelizador? ¿Por qué no darle rienda suelta al arrebató que empuja a transmitir la fe, a llevar el Evangelio, a construir el Reinado de Dios?

No hay experiencia cristiana sin vocación evangelizadora.
No hay descubrimiento de Jesucristo sin impulso misionero.

Por eso tú, que has descubierto el don de Dios en ti, que has experimentado tu fortuna...

¿Desactivas el dinamismo de la misión?
¿Rehuyes la activa participación en la evangelización?
¿De dónde los miedos? ¿Por qué la comodidad?
¿Por qué desperdiciar tanto bueno?

No le des vueltas y... hazte donante: comparte la misión.



3. Los compañeros de camino

La misión –no podía ser de otra forma dado de quién viene- se convierte en manantial inagotable de cosas buenas, de frutos jugosos...

Uno de los más grandes, quizá el primero, radica en el redescubrimiento de que esta gran obra la hacemos de la mano de muchas otras personas, muchos hermanos

nuestros que reproducen en su vida el episodio del hallazgo del Tesoro escondido o de la perla preciosa (Mt 13, 44).

Porque el don de Dios no es para unos pocos. Aspira a la universalidad.

Así que, como mínimo, habrás de detectar que, a izquierda y a derecha, adelante y atrás... te acompañan un buen puñado de rostros que también procuran no desperdiciar el regalo de Dios y se empeñan en ser portadores de buenas noticias e instrumentos de Salvación.

¡Qué hermoso es vivir los hermanos unidos! (Salmo 132)

¿Localizas a tus acompañantes?
¿Les pones nombres y apellidos?
¿Descubres en ellos, por ellos, con ellos al Espíritu de Dios?

En ese "ejército de evangelizadores" hallarás una luz multicolor de carismas, cualidades... Y, lo más seguro, será que abunden las almas sencillas y los obreros discretos, como "levaduras en la masa" (Mt 13). La comunión en la misión huye de artificios fatuos y discursos grandilocuentes (bien dice Claret que "la verdad pocas palabras necesita"), circunstancias más amigas de aquellos que van por libre o de los amigos del individualismo.

¡Destierra, pues, de una vez -conmigo- la infructífera creencia de que "sólo tú puedes..." o de que "tú eres el único que..."

Disfruta de los compañeros de camino, miembros todos del único cuerpo (1Cor 12) y garantía, expresión de la respuesta gozosa y generosa a la llamada a la misión.

¡Qué hermoso es vivir los hermanos unidos! (Salmo 132)

4. La belleza de encender

Es grande reconocer el don de Dios en uno mismo. Es grande dejar vía libre a que ese don se extienda aún más a través de nuestra mediación. Es grande caer en la cuenta de que ese proceso lo hacemos -y sólo lo hacemos- junto a otros compañeros de camino. Pero ¡cuánto más grande es ser testigos de las consecuencias que se deriva de ello!

Cierto es que a menudo no vemos los frutos... y que la misión no puede estar supeditada a ello... pero Dios, como buen pedagogo, no pocas veces nos hace gozar de sus mieles. Sin que ello signifique directamente un aumento cuantitativo en nuestros grupos o aquellos frutos que nosotros esperábamos...

Qué vivificante resulta saberse encendiendo al mundo en la presencia de Dios, contribuyendo a que el mundo arda en caridad, colaborando en la instauración de la sociedad de la esperanza, la justicia, la paz o la fraternidad...

¿No lo ves? ¿No notas que algo nuevo está brotando (Is 43, 18)?
¿Lo identificas?

Siendo así, ¿por qué, entonces, no empeñarse en ello? Si has de derrochar energías, hazlo en la misión. Si has de consumirte... que sea llevando a todos -y con todos- a Jesús. Será una inversión segura.

Tienes que encender.
Tienes que hacer brillar.

Porque esa es la vida plena: que conozcan al Padre. Y, ¿quién rechazará la vida plena? ¿Quién se opondrá a la belleza?

Enciende, comparte la misión

Enciende

Podemos parafrasear un poquito al P.C laret y decir: "Un hijo, una hija del Inmaculado Corazón de María es un hombre, una mujer, que arde en caridad y que abrasa por donde pasa..." es verdad que San .Antonio M^a Claret lo dijo para sus misioneros pero nos lo podemos aplicar todos los que vivimos su mismo espíritu apasionado por la misión evangelizadora.

Se trata pues de arder y abrasar y ya nos dice el Evangelio que no se enciende una luz para esconderla (Mt 5, 15) debajo de ningún mueble, sino para ponerla en el candelero y que alumbre toda la estancia. No para brillar por mí misma, por mí mismo cual estrella de la película.

Pero hay más, es arder en caridad. Lo que esto significa lo saben muy bien las personas enamoradas. El amor sentido en el corazón nos calienta por dentro, nos da alas, nos mueve desde la experiencia de que tiene sentido ser como soy porque alguien me ama y yo correspondo. Claret tenía esta experiencia por eso pudo decir aquellas frases "El amor de Cristo me urge, me empuja, me mueve... no puedo callar... enamoraos de Jesucristo y haréis cosas más grandes que yo..." es el amor que Cristo le tenía y el que él le tenía a Cristo... un amor que, cuando se vive así, desde las entrañas, es contagioso. Entonces el arder se convierte en encender. O sea, el lema de este año puede entenderse como "enciéndete" en el amor de Cristo, un amor personal, único, desbordante... y podrás encender a otros.

Preguntémonos.

- ¿Cuántos grados marca el termómetro de mi corazón? ¿arde por algo o por alguien?
- ¿arde por amor y entusiasmo apostólico, o por otros motivos...?
- ¿Cómo es mi amor por Jesucristo? ¿Qué hago por avivarlo para que no se apague?
- ¿recuerdo haber tenido experiencia de contagiar algo? ¿cómo se dio? ¿qué fue lo que contagié? ¿cómo me dejó por dentro esa experiencia?

En misión compartida

Empiezo con un cuento: *"Una vez en el lugar más hermoso del universo, vivía un niño llamado Sueño, el cual anhelaba crecer y conocer otros mundos. Sueño se entretenía por allá arriba, por las nubes, jugando y jugando todo el día. Un día, Sueño se dio cuenta de que él no crecía como crecían sus amigos; además, empezó a sentirse muy débil, y poco a poco, perdió sus ganas de jugar.*

De pronto, llegó un mensajero que llevaba consigo un maletín muy especial, el cual contenía alimentos para fortalecer y hacer crecer a Sueño.

Desde el mismo instante en que aquel mensajero llegó, Sueño empezó a sentirse mejor y mejor, ya que cada día aquel mensajero lo alimentaba con aquellos manjares. Muchos caldos de constancia con fuerza, platos muy nutritivos de voluntad

y trabajo, postres hechos a base de paciencia, fantásticos jugos hechos con decisión... y lo más importante, tratándolo con mucha confianza.

Sueño creció y creció y llegó a dejar de ser Sueño para convertirse en Meta, y claro que siguió jugando, pero ya no por las nubes, sino aquí en la tierra, conociendo cada vez más mundos, como la felicidad y la satisfacción. Y un buen día Meta dejó de ser Meta y se transformó en Realidad”.

Por voluntad de Dios, Claret fue el inspirador y fundador de una familia. Le movía un Sueño. Esto que fue así desde el principio, lo vamos redescubriendo en la práctica a lo largo de la historia, cada vez con más plenitud, más alegría, más fuerza apostólica. También con más exigencia y realismo, a veces con dolor.

A alguien de la Familia Claretiana le oí decir una vez que hoy no era necesario buscar mortificaciones y penitencias externas... basta con que nos pongamos a trabajar en equipo. ¿Qué os parece? No andaba muy equivocada esta persona que así se manifiesta, pues quienes practicamos algún tipo de trabajo de este tipo sabemos la dinámica que impone el trabajo en equipo, la misión compartida, de respeto a lo distinto, de escucha y diálogo, de mutua colaboración, de ceder en el propio criterio, de mortificación (dar muerte al propio yo) si con eso sale ganando la meta que se persigue, la predicación del Evangelio en sus múltiples y variadas formas de hacerlo.

Y el caso es que sabemos que siempre, todos salimos ganando cuando se comparte, también la misión, eso es lo mejor de todo. Y la eficacia es mayor. Claret nos quiere familia, compartiendo una misma misión evangelizadora. Ese es el sueño que él tenía, el de multiplicar evangelizadores, el de hacer con otros, ser de verdad esa familia, esa especie de ejército movido por el fuego imparable del amor, capitaneado por la Virgen, en lucha contra toda clase de mal, anunciando el mayor Bien, el Evangelio de Jesucristo.

Así se encienden más fuegos que arden en caridad, y fuegos de más calidad porque llevan el sello del amor, de la colaboración fraterna en su propio seno. Que se predique el Evangelio, de todos los modos posibles, desde todas las vocaciones, cada uno y cada una desde lo más específico de su estilo de vida y en mutua colaboración y enriquecimiento. No es hora de mirarnos a nosotros mismos y nuestros problemillas de mayor o menor protagonismo, sino mirar la mies tan abundante, tan necesitada de Evangelio. Miremos en una misma dirección, por favor.

Aplica el cuento y la reflexión a tu propia realidad de vida, de apostolado, de misión compartida.

- ¿Tienes algún sueño en relación con la Misión Compartida? Concrétalo.
- ¿Hay dificultades que impidan hacerlo realidad? ¿Cuáles son?
- ¿Está fuerte o débil tu Sueño? ¿Necesita algún alimento? Constancia, voluntad, entrega, paciencia, confianza, compromiso, diálogo...
- ¿Qué necesita tu Sueño para convertirse en Meta?
- ¿Y para llegar a ser Realidad? No te vayas por las ramas...

Cuando alguien tiene un sueño, eso es algo bonito. Cuando muchos tienen el mismo sueño, eso puede llegar a ser Realidad. Que así sea.

